

LAS HECHICERIAS DE CARLOS FUENTES

por Bernardo Subercaseaux

A MEDIADOS de 1969 aparecía en México¹ un ensayo, que intentaba —mediante el examen de algunas obras representativas— conjugar una valoración estética y política de la nueva novela hispanoamericana.

Enfrentado a las “Historias de la Literatura” tradicionales, este texto vaticinaba dos grandes novedades: por primera vez se pretendía establecer una relación funcional entre la novelística vigente y el desarrollo social e histórico de Latinoamérica, intentando aunar un criterio de valoración artística con un criterio de valoración política; por primera vez, también, no era un crítico, un “académico”, quien asumía esta labor, sino un novelista famoso: el mexicano Carlos Fuentes.

Desgraciadamente, para todos aquellos que con paciencia desmenuzaron el libro, las dos grandes novedades resultaron —a la postre— dos grandes decepciones.

A pesar de que han transcurrido dos años desde su publicación, creemos necesario reexaminar el libro de Fuentes, puesto que casi la totalidad de las críticas y reseñas que se publicaron en torno a él, se quedaron justamente allí: a su alrededor, en la superficie, sin calar, sin poner en duda los postulados ideológicos y las apreciaciones históricas, en base a las cuales Fuentes deducía la función del escritor y del lenguaje en las luchas sociales de América Latina. Aún más, en las actitudes y en los postulados ideológicos que hoy asumen frente a la Revolución Cubana, escritores como Vargas Llosa, como Marta Traba, como Juan Goytisolo, como Jean-Paul Sartre, se vislumbran coincidencias con los planteamientos que sostenía entonces (y aun hoy) el novelista mexicano, si descartamos la posibilidad de que las coincidencias se deban a que todos ellos son parroquianos del mismo café, tenemos un motivo más para justificar una revisión crítica del libro de Fuentes.

¹Carlos Fuentes, *La Nueva Novela Hispanoamericana*. México, Mortiz, 1969.

Por el título (*La Nueva Novela Hispanoamericana*) podría pensarse que el objetivo del autor era caracterizar la novelística actual. Sin embargo, a pesar de que Fuentes pasa revista a cinco novelistas contemporáneos —Vargas Llosa, Carpentier, García Márquez, Cortázar y Goytisolo— el examen de las novelas de estos autores, y las características que de ellas se destacan, están siempre referidas al intento de fundamentar la función del escritor y su quehacer frente a la realidad social contemporánea.

Este es sin duda el propósito de Fuentes. Para lograrlo, el novelista mexicano va salpicando el análisis de las obras escogidas con apreciaciones históricas y sociales, formando así un tinglado que concluye con “La palabra enemiga”, capítulo en que se identifica a la narrativa del ‘boom’ con la panacea que hará trizas las estructuras sociales vigentes en nuestros países.

El ensayo de Fuentes, es entonces, no sólo fruto de sus estudios de literatura, sino también, de sus incursiones como cientista político y sociólogo del lenguaje, conocimientos de los que —tal vez por modestia— Fuentes se cuida muy bien de hacer ostentación.

EL CIENTISTA SOCIAL

“En América Latina —afirma el autor— carecemos de tecnología. Pero también carecemos de información en el sentido europeo o norteamericano de la palabra. Carecemos de medios de expresión social... No tenemos verdaderos parlamentos, verdaderos sindicatos, verdaderos partidos políticos”.

Desglosemos este panorama tan desolador. Veamos: “Carecemos de tecnología” dice Fuentes. Sin embargo, si observamos a nuestro alrededor nos daremos cuenta que en Venezuela las prospecciones de petróleo se hacen de acuerdo a los métodos más modernos, que en Brasil y Argentina hay una industria automovilística avanzada, y que en Chile durante 1968² se pagaron (fundamentalmente a EE. UU.) 16 millones de dólares por concepto de royalties, comisiones y asistencia técnica. En Latinoamérica hay, entonces, tecnología. Lo que sucede es que es una tecnología dependiente, importada, una tecnología que nos arriendan los monopolios norteamericanos sólo cuando su aplicación en nuestros países no implica una competencia que pueda desfavorecerlos,

²O. Caputo y R. Pizarro, *Desarrollismo y Capital Extranjero*. Santiago, Ediciones UTE, 1971.

sino al revés, cuando les sirve para orientar los factores productivos en beneficio de la economía central, con el consiguiente perjuicio para la economía dependiente. Podemos entonces, desmintiendo a Fuentes, sostener que en Latinoamérica hay tecnología, pero que ésta es usada como caballo de Troya por el imperialismo, para extender su dominio y explotación en nuestros países.

Sigamos. Fuentes dice que "carecemos de información en el sentido europeo o norteamericano de la palabra" (p. 95). Si se refiere a la Reuter o la UPI, está (desgraciadamente) equivocado, puesto que estas agencias continúan operando en nuestros países; pensemos, sin embargo, que Fuentes se refiere al hecho de que en Estados Unidos y Europa Occidental tiene lugar un contacto mayor y más rápido entre el individuo de cualquier estrato social y la información que da cuenta de un hecho nacional o internacional, pero, olvida el autor que la "información en el sentido europeo o norteamericano de la palabra" obedece y defiende a ciertos intereses, y que por lo tanto no es casual que un norteamericano llegue a pensar que el problema fundamental de su país es la contaminación atmosférica progresiva, o que la guerra en Vietnam es secundaria, puesto que cada Año Nuevo mueren tantos ciudadanos en accidentes del tránsito como los que han caído en la invasión a Indochina. Desgraciadamente, tampoco es efectivo que carezcamos de 'información' en este sentido de la palabra.

¿A qué se debe, entonces, el que Fuentes haga este tipo de afirmaciones que carecen de fundamento real? Como veremos, cada vez que el autor hace afirmaciones sobre aspectos económicos o sociales de Latinoamérica, las hace desde un punto de vista abstracto, desligándolas de las situaciones históricas concretas, de allí que valore positivamente (puesto que sólo ve el aspecto cuantitativo) la "información en el sentido norteamericano de la palabra", y de allí que se queje de que "carecemos de tecnología" como si una abundancia tecnológica, persistiendo las relaciones de producción capitalista, fuese suficiente para solucionar nuestros problemas. Mediante la abstracción Fuentes se desprende de las peculiaridades inherentes a los fenómenos sociales de que habla, y se queda finalmente con las puras cantidades, desprendiéndose de lo concreto y asumiendo un punto de vista metafísico.

Según Fuentes en Hispanoamérica carecemos también "de medios de expresión social", y agrega: "No tenemos verdaderos

parlamentos, verdaderos sindicatos, verdaderos partidos políticos" (ibid.). De atenernos a la lógica del discurso resulta que los 'verdaderos parlamentos', los 'verdaderos sindicatos' y las 'verdaderos partidos políticos' son aquellos que no existen o que están en la imaginación privilegiada del autor. ¿Y los que existen?: por supuesto, serían falsos. La verdad parece estar en las ideas, en la conciencia, y no en la realidad, en la existencia. Sin duda el propósito del enfoque idealista de Fuentes es desconocer la presencia y la gravitación de la lucha de clases en nuestros países, lo que por lo demás ya se hacía evidente en sus afirmaciones anteriores.

Pero el novelista mexicano, como cientista social, no sólo se ocupa del pasado y del presente de Hispanoamérica, no: su desconocimiento de las leyes de desarrollo de la sociedad le permite también vaticinar nuestro futuro. Según Fuentes "la política mundial del poder y la división de esferas de influencia constituyen un obstáculo enorme para nuevas relaciones sociales". Para Fuentes "una segunda Cuba rompería el equilibrio mundial del poder y sería aplastada activamente por Estados Unidos y abandonada pasivamente por la Unión Soviética". Resulta entonces que el mayor obstáculo para transformar las relaciones de producción y las relaciones sociales de nuestros países no es la forma de tenencia de la tierra, no es tampoco el hecho de que los medios de producción estén en manos de una oligarquía monopolista, y de que ésta de consuno con el imperialismo imponga sus intereses minoritarios en contra de las mayorías. No, estos no son obstáculos, puesto que para Fuentes no existe la lucha de clases ni en el plano político, ni en el plano ideológico ni en el económico, de allí que el gran impedimento para nuestros países resulta ser la existencia de la división del poder entre EE. UU. y la URSS. En realidad el señor Fuentes tiene gran información "en el sentido norteamericano de la palabra".

En las afirmaciones precedentes, Fuentes retorna al mismo truco. Mediante una abstracción metafísica identifica los poderes (de EE. UU. y de la URSS) en cuanto poderes, y desde esa perspectiva anarquizante los caracteriza negativamente³. Como buen idealista, a Fuentes no le importa un pepino la realidad, y por eso no tiene en cuenta que se trata de dos poderes cualitativamente distintos. Da lo mismo que uno sea el poder y el in-

³El autor repite el truco desde una perspectiva similar cuando sostiene que "la brutalidad policiaca es un hecho universal, practicada indistintamente y con idéntica vesania, por todos los poderes, capitalistas o socialistas".

ternacionalismo de la clase trabajadora, el progreso y la paz social, y que otro en cambio represente el poder de los monopolios capitalistas, identificado con todas las aberraciones a que éstos pueden llegar en defensa de sus intereses económicos⁴.

En cuanto a su vaticinio de que una segunda Cuba sería aplastada por Estados Unidos y abandonada por la Unión Soviética, basta observar lo que está sucediendo en Chile para patentizar la superficialidad de tal afirmación.

Fuentes, para quien no cuentan las leyes objetivas del desarrollo social y económico, parece entender que el imperialismo (como fase superior de desarrollo del capitalismo) aparece por magia y se sostiene por inercia, de otra manera no podría comprenderse cómo se atreve a sostener que lo más grave para el futuro de Latinoamérica es que ésta se convierta en un mundo *prescindible* para el imperialismo; “tradicionalmente —dice— hemos sido explotados... Pronto ni esto seremos: no será necesario explotarnos, porque la tecnología habrá podido —en gran medida lo puede ya— sustituir industrialmente nuestros ofrecimientos monoprodutivos” (p. 96). No será necesario explotarnos: ¡lástima que ideas tan bien intencionadas no sean capaces de torcerle el cuello a la realidad!

Pero las afirmaciones de Fuentes no sólo se limitan al pasado, presente y futuro de Hispanoamérica, no; también se ocupa de hacer una valoración de la dialéctica social en el mundo entero. Para él “el verdadero sello de nuestra época no es la dicotomía capitalismo-socialismo, sino una suma de hechos —fríos, maravillosos, contradictorios—” (¿la contaminación atmosférica?) “que realmente están transformando la vida en las sociedades industriales: automatización, electrónica, uso pacífico de la energía atómica” (p. 18). No es extraño que Fuentes utilice el término *dicotomía*, puesto que quien desconoce la lucha de clases tiene que necesariamente pensar que la contradicción *capitalismo-socialismo*” (Capital-Trabajo, Burguesía-Proletariado, Clase dominante-Clases explotadas), emana de mentes afiebradas y no de la realidad. Fuentes ve solamente lo que quiere ver: hechos fríos, abstractos, desligados de su contexto real e histórico: maravillosos. Como cronista social Fuentes se queda solamente con la superficie: no quiere comprender que los hechos que él señala son

⁴Haría bien el señor Fuentes en leer el discurso que pronunciara el primer ministro cubano con ocasión del centenario del nacimiento de Lenin: así podría informarse del significado real que han tenido cada uno de estos poderes para un pequeño país latinoamericano.

a su vez *productos* y que como tales están insertos en determinadas relaciones sociales dentro de las que operan nexos causales muy precisos, que no sólo están en la raíz del desarrollo tecnológico sino que también imprimen su sello en las relaciones políticas, ideológicas y familiares de nuestra época.

Como ya se habrá percibido, las afirmaciones de Fuentes, aunque vertidas con gotario, forman sistema con un propósito muy definido: negar la existencia y el valor de la lucha de clases como motor del desarrollo social e histórico de nuestros países.

Si examinamos por ejemplo sus proposiciones acerca de la cultura y el socialismo, veremos que también se hace evidente tal propósito.

Para Fuentes en cada país latinoamericano existe una cultura nacional que él llama *excéntrica*, oponiéndola a la cultura europea o *central*. Sin embargo, al establecer esta oposición Fuentes olvida que en cada cultura nacional existen "aunque sea sin desarrollar, elementos de cultura democrática y socialista" ... puesto que "en cada nación hay una masa de trabajadores explotados, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista⁵ y olvida sobre todo que estos *elementos* se oponen a una cultura burguesa, que no existe simplemente como *elementos*, sino como cultura dominante.

Al oponer la cultura vigente de nuestros países con la cultura vigente europea, lo que hace Fuentes es oponer lo que no se opone, es considerar la parte por el todo, la cultura dominante por la cultura como tal. De esta manera, en lugar de poner de manifiesto y explicar el abismo que en este sentido separa a las clases, Fuentes contribuye a ocultarlo.

En el mismo error caen aquellos que gimotean ante la eliminación o lucha que se da en los países socialistas contra ciertos elementos culturales propios de la burguesía y del régimen capitalista, puesto que identifican la desaparición de estos elementos clasistas con la desaparición de la cultura como tal.

Para Fuentes "el socialismo nació de una disidencia: el asentimiento le es mortal". Según él "las revoluciones no se hicieron para producir más y mejor, sino para salvar a los hombres de la enajenación" y quienes se llevan las palmas en esta actividad son los estudiantes parisinos de la Revolución de Mayo. Aunque Fuentes no lo dice, no cabe duda que utiliza el concepto de *enajenación* desde una perspectiva silologizante, obviando las conno-

⁵V. I. Lenin, *Los Intelectuales, la Cultura y la Revolución*. La Habana, 1964.

taciones precisas que le otorgó a este concepto Marx, y que implican lo que el autor se empeña en ignorar: la lucha de clases⁶.

Fuentes no quiere hacerse cargo de que hay leyes de desarrollo de la sociedad que, como las leyes que rigen la naturaleza, son objetivas e independientes de la voluntad del hombre. Hace más de cien años, Marx, apoyándose exclusivamente en las leyes económicas del desarrollo de la sociedad, concluyó la inevitable socialización de los medios de producción y la consiguiente transformación de la sociedad capitalista en socialista. Sin embargo Fuentes coloca el *quid* del desenvolvimiento del socialismo en la pura subjetividad: “el asentimiento le es mortal”, dice.

No es inusitado, entonces, escuchar de quien tiene una visión idealista, abstracta y sicologizante del socialismo, que “en Checoslovaquia se realizaría por primera vez el sueño del socialismo democrático” y que lo ocurrido en 1968 “es un crimen y una tragedia”. No estamos pidiendo que Fuentes se transforme de la noche a la mañana en un Federico Engels, sin embargo lo menos que se puede pedir a quien intenta teorizar acerca de la función del escritor en una sociedad socialista, es una comprensión más o menos objetiva y certera de dicho fenómeno.

En cada una de las citas que hemos recogido, Fuentes se pone de manifiesto como un idealista tenebroso, amigo de la abstracción y de la metafísica; constatación que nos obliga a indagar por qué aquellos que comentaron o reseñaron su ensayo, pasaron por alto ciertos presupuestos ideológicos abiertamente reaccionarios. Al analizar algunas citas, las hemos separado deliberadamente de su contexto, contexto que está formado por intuiciones a veces lúcidas y certeras sobre el contenido intrínseco de las novelas que Fuentes examina, pero —sobre todo— adornado hábilmente por fraseología revolucionaria, por consignas muchas veces brillantes, que exaltan los ánimos, que pueden dar la apariencia de que quien las formula es progresista, pero que carecen de fundamento. Por ejemplo cuando Fuentes opone la cultura nacional a la cultura europea, escribe: “La universalidad consiste hoy en reconocerse en la excentricidad. Si los europeos y los norteamericanos han dejado de ser “El Hombre”, los latinoameri-

⁶Para K. Marx la enajenación es producto de una sociedad dividida en clases, de la división social del trabajo, de la separación de los productores de los medios e instrumentos de producción. En tales condiciones los productos de la actividad humana enfrentan al hombre como fuerzas extrañas que lo oprimen, que dominan su vida y le imponen leyes. En este sentido es que Marx habla del hombre y del trabajo enajenado.

canos, los asiáticos y los africanos hemos dejado de ser “El Buen Salvaje”. Nuestra marginalidad es idéntica a la que Fidel Castro, Patrice Lumumba y Ho Chi Minh han impuesto al antiguo centro occidental”. Sin duda, bajo este contexto los presupuestos del cronista social quedan difusos.

Fuentes, como ya hemos demostrado, se empeña —a veces velada y otras descaradamente— en ignorar la lucha de clases como motor de la historia. Conviene entender *hacia dónde va y qué se propone con su empeñamiento*.

Como veremos, no cabe duda que la negación de la lucha de clases constituye la base de la plataforma construida por Fuentes para especular sobre la función de la novelística actual en las luchas sociales de Hispanoamérica.

EL SOCIOLOGO DEL LENGUAJE

“La historia de América Latina es” para Fuentes “la de una desposesión del lenguaje”. Según el novelista “El hispanoamericano no se siente dueño de un lenguaje, sufre un lenguaje ajeno, el del conquistador, el del señor de las academias. La forma habitual con que un señor de la oligarquía peruana se dirige a un sirviente —“cholo de mierda”— roba a éste de un lenguaje y de un ser” (p. 81). A juzgar por este reduccionismo lingüístico bastaría con que se le dijera al sirviente “querido hermano” para que éste de inmediato se aliviara del peso de la servidumbre y recuperara su ser.

Y hablamos de *reduccionismo* porque para Fuentes “en América Latina todo es lenguaje: el poder y la libertad, la dominación y la esperanza” . . . y no sólo América Latina: “las palabras son —también— la realidad de la sociedad de consumo: . . . todo un sistema se mantiene sobre la utilización del lenguaje. El acto político es lenguaje solamente: la política es lo que dicen De Gaulle, Franz Josef Strauss” y “Johnson fue corrido de su puesto por los estudiantes, los intelectuales, los periodistas: por hombres sin más arma que la palabra”.

El lugar que ocupa en la concepción materialista de la historia la lucha de clases, lo ocupa en la concepción idealista de Fuentes, el lenguaje.

Para el novelista mexicano en países como los nuestros “desprovistos de canales democráticos de expresión, carentes de verdadera información pública, de parlamentos responsables, de asociaciones gremiales”, en tales países en que el acto político es

lo que dicen los presidentes o los primeros ministros, la palabra está llamada a ser el arma de lucha fundamental y el lenguaje el motor de todos los acontecimientos. Desde esta perspectiva el triunfo de la Unidad Popular sería el resultado de polémicas discursivas, y tanto la invasión norteamericana a Santo Domingo como el ataque mercenario a Cuba quedarían inmediatamente excluidos de la historia, en tantos hechos pertenecientes al ámbito de lo que se hace y no de lo que se dice.

Podríamos convenir que en el lenguaje están —de alguna manera— presentes las relaciones del hombre con el medio social y natural que lo rodea, que en él se manifiesta una consciencia social determinada, pero en ningún caso el lenguaje es *la* fuente de la Historia o de las Ciencias Sociales; menos aún puede convencer la afirmación de que carecemos de lenguaje, de que nuestra historia es la historia de una “des-posesión del lenguaje”, esto es lisa y llanamente pirotecnia verbal: porque incluso si accediéramos a discutir en el terreno mismo de los planteamientos de Fuentes, ¿por qué concebir como lenguaje ajeno, como lenguaje del conquistador, la lengua que hablaron Bolívar, Martí, Ponce y Recabarren, la lengua que hablan y enriquecen día a día millones de latinoamericanos? ¿Por qué concebir el proceso como una des-posesión, por qué concebirlo unilateralmente? ¿Es que acaso frente a la fórmula ‘cholo de mierda’ no está la palabra ‘momio’?

Fuentes no se da cuenta que el lenguaje es un *producto* social y no un generador de acontecimientos, no comprende que la conciencia, los pensamientos y las ideas son reflejos —correctos o desfigurados— de la realidad.

Como buen idealista se niega a entender que representaciones, ideas y lenguaje están ligados y determinados —en última instancia— por las relaciones de los hombres, por la vida real⁷. En lugar de decir como todo el mundo: cuando hace calor se ve a mucha gente quejarse, Fuentes, como Proudhon, obliga a la gente a quejarse para poder garantizarles que no habrá calor.

Para el novelista mexicano el lenguaje se transforma en una varita mágica, en la batuta demiúrgica de las transformaciones sociales y revolucionarias. Buenos Aires necesita nombrarse a sí misma para saber que existe, Buenos Aires se debe a Borges. Además “La corrupción del lenguaje latinoamericano es tal, que todo acto de lenguaje verdadero es en sí mismo revolucionario”,

⁷Parodiando lo que dice Marx de Proudhon, en *Miseria de la Filosofía*.

“toda palabra que sea anuncio de un acto real, toda palabra que rompa la magia del consumo (¿?), será la palabra enemiga”, “enemiga del poder”.

Sacando de la manga la autonomía del lenguaje y el valor de la palabra, Fuentes ha armado la segunda parte del tinglado, abonando así el terreno para plantear la tesis del escritor como vigía y anticuerpo de la sociedad, para extralimitar la función de la literatura y para reducir (e identificar) la praxis política a la praxis estética.

Por supuesto los escritores quedan así ubicados en la vanguardia de las luchas sociales . . . o lingüísticas de América. Ellos son —según Fuentes— los encargados de “dar voz a cuatro siglos de lenguaje secuestrado”, puesto que escribir y “dar un testimonio sobre la naturaleza o vida social es casi siempre una manera de denunciar la rigidez de ambas y de exigir un cambio” y la novela por ejemplo es “la contrapartida literaria de la naturaleza inhumana y de las relaciones sociales inhumanas que describe”, además “escribir sobre América Latina . . . significa y significará cada vez más un hecho revolucionario”.

De modo que la literatura se ve instalada mágicamente en una coyuntura que la hace responsable de todo, del poder y de la libertad, de la dominación y de la esperanza, de las derrotas y de las victorias.

Coyuntura que por supuesto promete muy buenas expectativas para los novelistas hispanoamericanos, especialmente para aquellos que —como Fuentes— viven demasiado lejos para padecer en carne propia las derrotas y no lo suficiente como para privarse de asistir al festejo de las victorias.

Así como Fuentes identificaba el poder de los trabajadores con el poder de la burguesía, y la disciplina necesaria para la edificación de una sociedad nueva con la opresión de un país capitalista, así también mete en un mismo saco la función del escritor y de la literatura, sin considerar las condiciones históricas concretas y la dialéctica social en la cual éstos se desarrollan.

Efectivamente, es enteramente justo que en una sociedad en descomposición, el escritor se coloque al lado de las mayorías, del lado de los que con su esfuerzo producen la riqueza material que le permitió a ese escritor un acceso a la cultura. Es enteramente justo que en estas circunstancias el escritor se plantee la necesidad de convertirse en un anticuerpo, en un subversivo permanente, que se plantee la necesidad de mostrar la realidad, o como dice Fuentes “aquello que la realidad consagrada oculta”.

Sin embargo esto no significa aceptar —“que nuestro verdadero lenguaje (Darío, Borges, Huidobro, Lezama, Cortázar), está en proceso de descubrirse y que . . . en el acto mismo de su descubrimiento y creación pone en jaque, revolucionariamente, toda una estructura, económica, política y social fundada en un lenguaje verticalmente falso”. Esto es lisa y llanamente una sobrevaloración, fundada en una concepción idealista, subjetiva y equívoca del desarrollo social, del lenguaje y de las relaciones entre literatura y sociedad.

Esta concepción, por lo demás, se ha hecho actualmente carne, en un gran número de escritores⁸, puesto que de no ser así es incomprensible que éstos se arroguen el derecho de dar lecciones de política y de sensatez a los pueblos que están empeñados en edificar una nueva sociedad.

Creemos conveniente citar frente a la sobrevaloración idealista de Fuentes, la perspectiva que ante la literatura como crítica social asume Moravia, la que aunque producto de una experiencia personal, nos parece infinitamente más ajustada a la realidad.

“No me parece posible escribir una novela contra algo . . . Escribí —dice el novelista italiano— porque estaba dentro de la burguesía, no fuera. De estar afuera, como algunos parecen creer al atribuirme intenciones de crítica social, hubiera escrito otro libro desde dentro de aquella otra cualquiera sociedad o clase a la que habría pertenecido. El que el libro haya resultado anti-burgués, es otra cosa. La culpa o el mérito tocan sobre todo a la burguesía, especialmente a la italiana en la que bien poco o nada era susceptible de inspirar no digamos admiración, sino ni siquiera la más lejana simpatía . . . empecé a sentir repugnancia por el modo burgués de vivir, en general. Pero debo advertir que este modo de vivir me pareció siempre un *hecho moral* antes que material”.

La concepción idealista de Fuentes, que tiende a justificar el endiosamiento y la soberbia de los escritores en una sociedad en descomposición, la aplica éste como parámetro a una sociedad radicalmente diferente.

Según Fuentes la palabra en el socialismo debe ser “la portadora de la libertad frente a la necesidad representada provisionalmente por el Estado”. No se puede exigir —dice— “que los escritores del mundo socialista se comporten como escritores del

⁸Sartre sostenía una concepción similar en *¿Qué Es la Literatura?*, (1947), de la que más tarde se desdijo a medias (1964).

mundo victoriano”, y agrega: “Los Solyenitzin, los Kollakowsky y los Vancura mantienen viva esa esperanza. Sus palabras ofrecen una salida presente para el socialismo” (pp. 91 y 92).

Continuador del linaje filosófico de Platón, Fuentes se empeña en concebir a la literatura y a la imaginación como motor y esperanza de toda transformación social, haciendo para ello abstracción completa del modo en que se desarrolla la historia y la lucha de clases, concibiendo al intelectual como lo que no es: como una élite privilegiada, que se encarga de atizar desde la altura el santuario de no se sabe qué verdad eterna e inmutable, como individuos aceitosos por los cuales resbala toda posibilidad de determinación social e histórica.

Si Fuentes aterrizara, y asumiera la perspectiva de quienes producen con sus manos toda la riqueza material de la humanidad, tendría que estar de acuerdo con Fischer⁹, cuando afirma que: “La teoría no dialéctica de la carencia de conflictos y contradicciones en la sociedad socialista está definitivamente superada”, puesto que “también la sociedad socialista se desarrolla a través de diferentes contradicciones y conflictos, y la literatura socialista está colocada en el centro de los mismos” . . . tiene que vérselas con los conflictos que surgen de la lucha de clases, que no termina con el derrocamiento del capitalismo, “con los conflictos que surgen de las influencias externas del mundo capitalista y de los residuos del pasado, capitalista en la conciencia (o en el subconsciente) de muchos hombres”; y “con los conflictos que surgen’ del desarrollo mismo del socialismo, de sus formas y métodos, de las desproporciones en su edificación y de los problemas de la democracia socialista”. Pero estas contradicciones y conflictos “ofrecen a los enemigos del socialismo la oportunidad de entrometerse con éxito y de convertir las discusiones ocurridas dentro del sistema socialista en momentos de la lucha de clases internacional” (¿Solyenitzin, Padilla?). “El escritor socialista debe poseer por lo tanto una conciencia elevada para valorar adecuadamente la dialéctica social y no olvidar nunca, en la experiencia inmediata que lo mueve o lo estimula en determinado momento, que la contradicción fundamental de nuestro mundo, es siempre, no obstante, la contradicción entre capitalismo y socialismo”.

Fuentes, sin embargo, se empecina en mantener a la literatura al margen de la realidad, justamente para poder sostener que la

⁹E. Fischer, *La Necesidad de Arte*.

realidad depende de ella. Se empeña en desconocer la condición ideológica que toda obra de arte tiene como parte de una superestructura, precisamente para desentenderse de que la obra literaria es también un producto social.

Desde este empecinamiento Fuentes concluye por afirmar que por escribir *la palabra enemiga* "en los últimos tiempos, un impresionante número de escritores han sufrido ataques violentos, censura o cárcel", mencionando entre otros a Régis Debray, Jean Genet, Norman Mailer, Aleksander Solzenitzin, Ladislav Mňacko, Allen Ginsberg y Heberto Padilla . . . Sin duda desde la altura todos los hombres se ven iguales y se hace difícil diferenciar a un contrarrevolucionario de un periodista honesto, a un ex ladrón talentoso de un homicida. Sólo falta en este abanico un hombre como Eichmann, puesto que él también padeció cárcel y fue ejecutado, por "vertir" la palabra enemiga, por decir *¡Stecke die Gaskammer an!*

Desde la altura que otorga la abstracción metafísica, Fuentes ha sustituido la lucha de clases por las pugnas lingüísticas, la acción de masas por la palabra individual, lo que se hace por lo que se dice, una relación fundada entre arte y sociedad por una relación abstracta e idealista. De esta manera levanta la segunda parte del tinglado y saca de la manga los supuestos ideológicos que le permitirán examinar algunas novelas representativas, aunando en su valoración un criterio político con un criterio estético.

EL ESTUDIOSO DE LA LITERATURA

El orden en que hemos patentizado los supuestos ideológicos de Fuentes, no obedece necesariamente al orden seguido por el autor, sin embargo, al analizar las obras de Vargas Llosa, Carpentier, García Márquez, Cortázar y Goytisolo . . . Fuentes parte de la plataforma diseñada, aunque ésta va siendo formulada paralelamente o con posterioridad al análisis mismo de las obras.

Es justamente esta óptica lo que induce a Fuentes a distorsionar el análisis objetivo de estas obras, a examinarlas desde un punto de vista parcial que sirve tal vez para corroborar las *ideas* de Fuentes, pero que es incapaz de dar cuenta cabal de ellas.

Incluso, antes de abordar el análisis de la narrativa vigente, Fuentes hace una ligera tergiversación de la novelística decimonónica. Tomando a *Doña Bárbara* como paradigma de la novelística de un siglo, sostiene que el conflicto entre Santos Luzardo y Doña

Bárbara, entre civilización y barbarie, simboliza el drama único, el conflicto ejemplar de los primeros cien años de novela latinoamericana; basta pensar en novelas como *Don Guillermo*, *El Zarco*, *Casa Grande*, *Sin Rumbo*, *Amistad Funesta* y *Amalia*, para concluir que Fuentes o no es un especialista en literatura decimonónica o ha hecho de la dicotomía *civilización-barbarie* un cajón de sastre.

Fuentes se propone a través de estas afirmaciones superficiales, encontrar el precedente histórico de la función que él atribuye a la literatura, se trata de buscar argumentos que permitan sostener que “el intelectual en el siglo XIX podía afectar los términos simplistas de la ecuación *civilización-barbarie*”.

Hay que decir —por otro lado— que al examinar el contenido de algunas novelas contemporáneas representativas, los juicios y las intuiciones de Fuentes, aunque parciales, son casi siempre certeros y brillantes.

Porque es incuestionable que *La Ciudad y los Perros* patentiza “el desfase entre lo que se sabe y lo que se hace”, la gran mascarada de un momento histórico del Perú; que *Los Pasos Perdidos* es una “doble adivinación: a la vez memoria del futuro y predicción del pasado”; que en *Cien Años de Soledad* hay una liberación, a través de la imaginación, de los espacios simultáneos de lo real y que en ella confluyen “el presente absoluto, el pasado vivo y el futuro deseado”; y que *Rayuela* es “una caja de Pandora en que la realidad argentina es una ficción”.

Según Fuentes el común denominador de la nueva novela hispanoamericana, lo que unifica y caracteriza a estas novelas, es que “ellas se han lanzado a conquistar categorías tradicionalmente ausentes de nuestra literatura”, como la mitificación, como la alianza entre imaginación y crítica, como la ambigüedad, el humor y la parodia. En suma, que han sido capaces de dar cuenta de la realidad, sin hacer concesiones, ni a los esquemas simplistas de la tradición literaria, ni al pretendido maniqueísmo del mundo circundante.

Estas características son las que Fuentes se empeña en ejemplificar con cada una de las obras que analiza; ellas constituyen el torniquete que le permitirá establecer la funcionalidad política de esta nueva literatura, que le permitirá —desde la plataforma diseñada— conjugar una valoración estética y política de la actual novela hispanoamericana.

“Nuestra literatura” —dice— “es verdaderamente revolucionaria en cuanto niega al orden establecido el léxico que éste quisiera

y le opone el lenguaje de la alarma, la renovación, el desorden y el humor. El lenguaje en suma de la ambigüedad: de la pluralidad de significados, de la constelación: de la apertura”.

De esta manera queda concluido el castillo de naipes, y, para no perder la costumbre, con un argumento sacado también de la manga . . . Porque, ¿quién nos asegura que el orden establecido se inquieta siquiera por el lenguaje de la ambigüedad, de la pluralidad de significados, de la apertura?

La búsqueda del torniquete mencionado es el objetivo de las reflexiones de Fuentes en torno a la novelística, una búsqueda apriorística que se convierte en un dique para todas aquellas características que no conjuguen con las pretensiones del autor.

Por ejemplo si tomamos *Rayuela* y *La Ciudad y los Perros*, nos podremos dar cuenta cómo Fuentes esquivo todo aquello que pudiera estorbar sus planteamientos.

Según Fuentes todas las novelas de “la modernidad literaria” parecen *dar cuenta*, en el mismo grado, de la realidad contemporánea. Sin embargo Fuentes se cuida muy bien de dejar a un lado el problema de la perspectiva, de la óptica con que se da cuenta de esta realidad. Deja las cosas en el mismo punto que Dilthey cuando hablaba de “espíritu de la época”, como si existiera un solo “espíritu homogéneo”, como si el espíritu de una época no respondiera al espíritu de una clase.

Por eso Fuentes no quiere percibir que en *Rayuela* hay una interiorización del mundo exterior, y que la naturaleza, la urbe y los hechos son en ella un *medio*, puesto que lo que en última instancia se pretende mostrar no es la exterioridad, ni tampoco la ciudad o los modos de vida de los que en ella habitan, sino la conciencia, una conciencia hacia la cual están dirigidos —como dardos— el espacio, el tiempo, la acción y los personajes, una conciencia que se identifica con el narrador básico o protagonista (Oliveira) y respecto a la cual se mediatizan los diferentes elementos narrativos.

En *Rayuela* el mundo objetivo está siempre centrado hacia una conciencia problemática (los viajes físicos, por ejemplo, son viajes metafísicos), hacia una conciencia que se debate entre la enajenación burguesa contemporánea (“este callejón sin salida al servicio de la gran infatuación-idealista-espiritualista-materialista de Occidente”) y un intento de desenajenarse a través de la creación artística (la música, el escribir), del amor (la Maga) o de la convivencia mágica con el mundo circundante (Talita, Traveller, el manicomio).

Fuentes no quiere darse cuenta de que en una novela como *Rayuela* el tema básico es el desarraigo cultural y existencial, y más aún, que ello no es casual, que se debe a que en esa novela la conexión con la historia y el devenir obedece a una óptica limitada y subjetiva, en que el individuo aislado es siempre puente y terminal de esta conexión. Lo que atraerá también —como un imán— temas de índole metafísica y concepciones de la historia como un caos que sólo puede ser ordenado mediante la experiencia estética, o una concepción esteticista de la historia como un eterno retorno. Esta óptica explica también el tono que asumen novelas como *Rayuela* o *Los Pasos Perdidos* frente a determinada realidad: un tono de resignación, de pesimismo con respecto al hombre y su porvenir y de optimismo con respecto a la experiencia estética o mágica como único refugio frente a un mundo hostil, revestido de racionalidad.

Rayuela ejemplifica, entonces, una narrativa interiorizada, estetizante y subjetiva, en que el mundo novelado es más bien el mundo de una conciencia intelectual problemática que el mundo de la realidad latinoamericana.

Esto no significa que estemos emitiendo un juicio negativo simplemente nos interesa aclarar y rebatir lo que Fuentes da por supuesto, aclarar en buenas cuentas que si el lector se pregunta ¿quién es Oliveira? no se está preguntando ¿qué es Argentina? y que la novela no da cuenta de la realidad sin más, sino de la realidad desde un intelectual pequeñoburgués y lúcido.

Por otro lado tenemos una novela como *La Ciudad y los Perros*, en la que los elementos narrativos no están interiorizados, en que los hechos y la acción tienen sentido, en que el 'mundo novelado' no es ya el de una conciencia problemática, sino el mundo geográfico, histórico y social del Perú. Una novela en que se pretende desmitificar la realidad y no el ego. Una novela en que (efectivamente) cuando el lector se pregunta por el Colegio Leoncio Prado se está también preguntando por el Perú.

Sin embargo Fuentes es incapaz de percibir estas diferencias fundamentales. A él sólo le interesan estas obras en cuanto posibilidad de mostrar que en ellas "se niega al orden establecido el léxico que éste quisiera"; pero no percibe estas diferencias —sobre todo— porque ello implicaría hacerse cargo de la condición ideológica de las obras, y en última instancia de aquello que a lo largo de todo su ensayo Fuentes intenta evadir: una relación histórico-materialista entre la literatura y la dinámica social.

UNA RESPUESTA PSICOSOCIAL

Conviene aclarar que lo que hemos señalado respecto al ensayo de Fuentes no implica un desconocimiento de obras como *La Muerte de Artemio Cruz* o *La Región Más Transparente*, que son un orgullo para la narrativa hispanoamericana. Sin embargo, conviene también aclarar que una gran obra no significa un cheque en blanco; aunque Knut Hamsun haya sido el autor de una novela como *Hambre*, ello no constituye una garantía para que no se lo condene como uno de los pocos escritores europeos que se plegó al nazismo, cuyos programas y asesinatos bendijo.

Los autores citados no son los únicos escritores bicéfalos de este siglo. Cada cierto tiempo salen al debate público intelectuales —por un lado— creadores de obras valiosas y —por otro— portadores de una serie de características ajenas al proletariado. Escritores que sienten por ejemplo una pasión enternecedora por el espontaneísmo político, pero que huyen ante todo lo que huelga a organización o institucionalidad. Intelectuales incapaces de superar una concepción ideológica de la literatura y que a menudo hacen una confusión entre la praxis estética y la praxis política. Intelectuales que se caracterizan por sus actitudes individualistas y de endiosamiento, y que predicán el izquierdismo estético, sustituyendo la política por la ética, la acción de masas por la palabra individual. Lo vemos en Fuentes, los hemos visto en las actitudes asumidas por muchos de ellos ante la Revolución Cubana, y sin duda los seguiremos viendo.

Creemos entonces que conviene preguntarse: ¿a qué se deben estas coincidencias? y ¿por qué se dan una y otra vez estas mismas características?

Lenin recogió en 1901 una cita brillante que responde desde una perspectiva psicosocial a estas interrogantes. Creemos que ella es un excelente bisturí para biseccionar a los Fuentes de hoy y a los que han de venir:

... En los momentos actuales, vuelve a interesarnos vivamente el problema del *antagonismo entre la intelectualidad** y el *proletariado*. Mis colegas se indignarán casi todos antes el hecho de que yo reconozca la existencia de tal antagonismo. Pero lo cierto

* Traduzco por los términos intelectual e intelectualidad las palabras alemanas *Literat*, *Literatentum*, que designa no sólo a los literatos, sino a todas las personas cultas, a los representantes de las profesiones liberales en general, a los representantes del trabajo intelectual (*brain worker*, como los llaman los ingleses), a diferencia de los que viven del trabajo físico.

es que existe en la realidad, y sería la peor de las tácticas (en este como en tantos otros casos) tratar de deshacerse de él negando la evidencia. Se trata de un antagonismo social, que se manifiesta en las clases, y no en las individualidades sueltas. Puede haber, individualmente, intelectuales que se incorporen de lleno a la lucha de clases del proletariado, como hay capitalistas individuales que lo hacen. Cuando así acontece, el intelectual cambia incluso de carácter. Y en adelante hablaremos, principalmente, no de *este tipo* de intelectuales, que todavía en la actualidad son excepciones dentro de su clase. En lo sucesivo, y cuando no se haga una reserva especial, *entenderemos por intelectuales solamente a los intelectuales comunes y corrientes que se mantienen en el terreno de la sociedad burguesa* y son representantes característicos de la *clase* intelectual. Entre esta *clase* y el proletariado existe cierto antagonismo.

“Es un antagonismo diferente del que media entre el trabajo y capital. El intelectual no es un capitalista. Es cierto que ocupa un nivel de vida burgués, nivel de vida que se halla obligado a defender mientras no se convierta en un desharrapado, pero al mismo tiempo se ve en la necesidad de vender el producto de su trabajo y, con frecuencia, su fuerza de trabajo mismo, y no pocas veces se ve explotado por los capitalistas y sufre cierta humillación social. El intelectual no se halla, pues, en una situación de antagonismo económico con respecto al proletariado. Pero su vida y sus condiciones de trabajo no son proletarias, y ello engendra cierto antagonismo en cuanto a su modo de pensar y de sentir.

“El proletariado no es nada mientras es un individuo aislado. Toda su fuerza, toda su capacidad de progreso, todos sus anhelos y esperanzas se los infunde la *organización*, la acción sistemática y en común con sus camaradas. Se siente grande y fuerte en cuanto parte de un organismo fuerte y grande. Este organismo lo es todo para el proletariado y, al margen de él, el individuo significa muy poco. El proletariado, libra su lucha con las más grandes abnegaciones, como partícula de una masa anónima, sin perspectivas de ventaja ni de gloria personal, cumpliendo con su deber en cada uno de los puestos en que se le coloca, sometándose voluntariamente a una disciplina que informa todos sus sentimientos y todos sus pensamientos.

“Otra cosa acontece con el intelectual. Este no lucha empleando de un modo o de otro la fuerza, sino por medio de argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, sus capacidades personales, su convicción personal. Sólo por medio de sus cualida-

des personales puede llegar a adquirir cierta significación. De ahí que considere la plena libertad de manifestar su personalidad como la primera condición para poder realizar una labor eficaz. Le cuesta trabajo someterse a un todo como parte puesta a su servicio, y cuando se somete lo hace movido por la necesidad, y no por inclinación personal. *El intelectual sólo reconoce la necesidad de la disciplina para la masa, pero no para los espíritus selectos . . .*

“ . . . La verdadera concepción del mundo del intelectual, que le priva totalmente de actitud para tomar parte en la lucha de clase del proletariado, es la filosofía de Nietzsche, con su culto del superhombre, para la que todo se cifra en asegurar el pleno desarrollo de la propia personalidad y a la que todo lo que sea someter su persona a cualquier gran fin social, se le antoja algo vil y despreciable.”

*Departamento de Español
Universidad de Chile*